

MARCO ANTONIO LANDAVAZO ARIAS, *La máscara de Fernando VII. Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis: Nueva España, 1808-1822*, México, El Colegio de México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, El Colegio de Michoacán, 2001, 357 pp.

---

Dentro de los objetivos proyectados por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana, se contempla la publicación de los resultados derivados de las investigaciones de su personal académico, como una manera de reforzar el conocimiento histórico y contribuir al desarrollo y enriquecimiento de la historiografía local, nacional y de América Latina. En ese sentido, el doctor Marco Antonio Landavazo Arias, quien obtuvo el grado de doctor en Historia por El Colegio de México, pone a consideración de los interesados la obra antes citada, que aparece gracias al patrocinio editorial de El Colegio de México, la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y El Colegio de Michoacán.

Para quienes se inician en la temática de la insurgencia mexicana, hablar de este proceso revolucionario es remitirse a los personajes más importantes que la historia oficial nos ha heredado: el cura Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Juan Aldama, Ignacio López Rayón, José María Morelos y Pavón o Vicente Guerrero, por mencionar a los más recurrentes. Tampoco puede olvidarse el lector de los Elementos Constitucionales, la Suprema Junta Nacional Gubernativa, los Sentimientos de la Nación, el Congreso de Chilpancingo o la Constitución de Apatzingán.

En las últimas dos décadas el estudio de la etapa independentista se ha diversificado con múltiples investigaciones, que no sólo han enriquecido el repertorio insurgente, sino que también nos presentan otra visión del fenómeno histórico. Todavía más: los análisis de caso y los aportes de la historia regional, han contribuido al descubrimiento de sus entrañas, que por muchos años habían permanecido ocultas a los ojos de la sociedad.

---

Romper con los esquemas de la llamada historia de bronce ha sido una labor prolongada y difícil y, aunque el estado de la cuestión ha variado de manera sustancial, el camino por recorrer aún es dilatado. Dentro de una perspectiva historiográfica, puede decirse que hasta el momento la balanza del proceso revolucionario se inclina con mucho hacia lo que se ha dado en llamar el bando insurgente. Debido a los prejuicios existentes en nuestra conciencia nacional, todavía hay muchas reticencias para indagar acerca de lo acontecido en el seno de las fuerzas realistas.

Este desequilibrio existente es el que reclama la atención de los historiadores hacia las figuras que durante la guerra se identificaron con el antiguo régimen y su acontecer. En la medida que se empiece a allanar el camino estaremos en mejores posibilidades de equilibrar esa balanza y estructurar una historia total, que nos permita comprender de manera más objetiva este proceso de cambio.

El trabajo del doctor Landavazo es una magnífica oportunidad para reforzar este tránsito de los estudios insurgentes hacia los estudios realistas, ya que aborda uno de los aspectos interesantes de esta etapa: la imagen del monarca. Como él acertadamente lo señala, se disponen de algunos estudios que analizan la misma problemática pero cuya temporalidad se circunscribe a los años previos a 1810; algunos otros toman como punto de partida la coyuntura de 1808, pero no rebasan el año de 1813. Desde el punto de vista cronológico, el autor tiene la peculiaridad de abarcar un periodo de dos décadas, que va de la crisis motivada por la invasión francesa a territorio español, hasta la proclamación del Plan de Iguala y la firma de los Tratados de Córdoba.

Para los estudiosos de este tema no es desconocido que en este lapso es cuando mejor se puede apreciar el fenómeno de la imagen monárquica o, mejor dicho, es cuando la figura del rey adquiere una relevancia *sui géneris*, en medio de la guerra y la disputa por el poder entre insurgentes y realistas. Es así como el autor nos ofrece una idea amplia de la institución monárquica, que no pudo sustraerse a los vaivenes de la contienda militar y política. De tal manera que uno de los méritos del trabajo es ese dinamismo que Landavazo imprime a la

figura regia en medio de la crisis, el desconcierto y la inestabilidad novohispana.

El autor expresa, además, tres momentos relevantes del imaginario monárquico y que fueron el fundamento de la estructuración de su trabajo: la explosión de la fidelidad, que corresponde a sus tres primeros capítulos; abarca un lapso de dos años, desde la crisis generada por la invasión francesa y el movimiento juntista en España, hasta los tiempos de la insurrección encabezada por el cura Miguel Hidalgo y Costilla. El segundo tramo pertenece a los dos capítulos subsiguientes, donde en plena guerra civil tanto insurgentes como realistas enarbolan la bandera del rey. Finalmente, en una tercera etapa se nos presenta la decadencia del imaginario monárquico a raíz del retorno de Fernando VII en 1814, así como las últimas manifestaciones significativas del fernandismo en el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba.

Queda claro que uno de los objetivos primordiales del trabajo es demostrar que la tesis de la máscara de Fernando VII en el seno de la insurgencia, no es errónea hasta cierto punto pero sí reduccionista, de tal manera que en torno a este planteamiento va girando la explicación del autor, en un afán por ubicar en su justa dimensión la presencia del rey en la sociedad novohispana, antes y después de la guerra y al consumarse la independencia, a través del imaginario y los discursos de la época.

Cuatro son los conglomerados a través de los cuales se va tejiendo la historia. Un pequeño grupo de insurgentes que tomaron las armas para independizar la América, y que en aparente contradicción se presentan como los defensores de Fernando VII, pero que sólo utilizan el emblema regio para justificar su actitud y ganar adeptos dentro de la sociedad, principalmente al interior de las clases bajas. Sin olvidar que desde siempre estuvo latente la posibilidad de que algunos miembros del realismo se unieran a los insurrectos, para lograr la emancipación de la península. En esa perspectiva, el rey era el punto que los unificaría.

En segundo lugar, dentro del mismo bando rebelde, el autor encuentra a innumerables líderes locales, que también dicen defender

al rey cautivo, pero que a diferencia de los primeros, no usan la proclama como un anzuelo, sino que enarbolan la consigna porque esa es su fe y su creencia. En palabras del propio autor, "...descontando a algunos de los principales dirigentes, el resto de los líderes rebeldes, para no hablar de las tropas de a pie ni mucho menos de las masas, estaban convencidos de que la justicia de su causa radicaba precisamente en la defensa de la religión y del monarca". Lo anterior es entendible cuando empezaron a cobrar fuerza los rumores de que los españoles de la península pronto sucumbirían ante el enemigo francés, y que era inminente la invasión de las tropas napoleónicas a territorio de América.

En tercer plano se ubican los representantes realistas, que con mayor empeño se presentan como los auténticos protectores de Fernando VII, quienes en un afán por contrarrestar los efectos causados por el empleo de la figura regia entre algunos líderes de la insurgencia, calificaban a éstos como engañadores del pueblo, impíos, traidores y emisarios de Napoleón; se acusaba a los insurgentes de utilizar a las clases humildes en busca de aviesos y ocultos propósitos. Como prueba de ello, se presenta la misiva histórica firmada por Ignacio López Rayón, José Sixto Verduzco y José María Liceaga, dirigida a José María Morelos, en la que los tres explicaban que sus planes eran de independencia, pero que habían decidido apellidar a la Suprema Junta Nacional Americana con el nombre de Fernando VII, para lograr sumar apoyo popular y porque finalmente el monarca era un "ente de razón". Este grupo apela a la figura del rey como un factor de unidad, exhortando a los americanos a no dejarse seducir por los insurgentes.

Otro de los aspectos interesantes, fue que la propaganda oficialista contribuyó a reafirmar y diversificar la idea de que la autoridad del monarca era de origen divino, que por tener un carácter cercano a lo sagrado, era casi una obligación religiosa la obediencia absoluta hacia el soberano y sus representantes legítimos. Es justo en este último punto donde podemos encontrar la explicación a las divergencias existentes entre los representantes del gobierno virreinal

y los peninsulares, con los dirigentes de la insurgencia, pues éstos defendían al rey Fernando VII, pero estaban en contra del mal gobierno encarnado en todos aquellos funcionarios, tanto de la península como de la Nueva España, que no veían por el bien de los súbditos del monarca.

El cuarto conglomerado está referido a los sectores bajos de la sociedad novohispana, donde se encontraba muy arraigada la mentalidad monarquista que, al margen de cualquier interés político, fue la manifestación más clara de las creencias prevalecientes en la época. De ahí que nos expliquemos el porqué fueron fácilmente seducidos por los insurgentes, y las razones por las que apoyaban a los realistas: ambos esgrimían la figura del rey.

Al referirse a estos sectores, Landavazo resalta los extremos del imaginario popular que dieron lugar a la fabricación de ciertos mitos, en los que tiene presencia, a pesar de la distancia, el rey. A manera de ejemplo, se refiere a la especulación de que el misterioso personaje que acompañaba a Hidalgo en su carruaje era Fernando VII, sin embargo la noticia fue desmentida posteriormente al saberse que se trataba de una mujer, hija de un español apresado por los insurgentes. También se llegó a decir que Fernando VII acompañaba a Hidalgo en su carruaje y que un velo le cubría el rostro, los seguidores de la insurgencia llegaban a verlo y se humillaban ante él para después marcharse complacidos.

Aunque en el título de la obra tan sólo se alude a la figura regia, no puedo dejar de señalar que la hechura de este trabajo se desarrolla también en torno a otros dos elementos: la defensa de la religión y la patria, conceptos que para ese momento tal vez no estén por encima del rey, pero que a partir de 1822 adquieren mayor relevancia, de tal manera que los encontramos permanentemente durante todo el siglo XIX; serán fundamentales en la conformación de nuestra conciencia nacional y en la consolidación de México como nación independiente. Un impreso de la época, escrito por Rafael Dávila, señalaba al respecto que el rey "...jamás se borraré de nuestros corazones". Pero era imposible regresar al estado de ominoso yugo.

Ya para los años veinte, después de tantas guerras intestinas, los americanos lo que querían era libertad, igualdad y paz. Amaban al rey, sí, pero la patria estaba primero. De tal suerte que la inclusión del rey Fernando VII en el Plan de Iguala, se explica en parte por el prestigio de que aún gozaban los borbones; estaríamos en presencia otra vez del fenómeno de la máscara.

Cabe resaltar que el estudio tiene un sustento amplio en fuentes de primera mano. En él se utilizan numerosos impresos referidos a discursos, proclamas, manifiestos, poemas, descripciones de las ceremonias de juramento al rey, así como otro tipo de documentos de correspondencia, bandos, partes de guerra y artículos periodísticos. El doctor Marco Antonio va desarrollando la argumentación que respalda su propuesta teórica. Los documentos por sí mismos no dicen nada, es el acoso del investigador lo que los hace hablar. Atendiendo a esta consideración, meritorio es el hostigamiento del autor para interrogar sus fuentes y aprovecharlas casi en su totalidad.

El libro es una historia de las creencias que moldean el comportamiento político, "...el de las razones que los hombres tienen para aceptarlas y el de los motivos de su permanencia y de su transformación".

Llama la atención el hecho de que a menudo los historiadores se acercan al estudio de los acontecimientos pretéritos con la mentalidad actual, lo que conduce a interpretaciones erróneas. En ese sentido, Marco Antonio Landavazo, mediante la utilización de fuentes documentales de la época, se ciñe, no a las creencias que pudiéramos tener en la actualidad, sino a las que estuvieron vigentes en el momento que ocurrieron los hechos.

Como suele suceder con la mayor parte de las investigaciones de esta naturaleza, el autor cumple con los objetivos planteados desde un principio. Sin embargo, a lo largo de las 357 páginas que integran el texto, de manera intrínseca propone nuevas problemáticas que bien merecerían un estudio aparte y que sin lugar a dudas vendrían a ampliar los horizontes de esa historia realista que aún está por escribirse.

Aunque el texto está redactado con suma claridad, es para especialistas en la materia; su comprensión requiere de cierto marco de referencia histórico. No me resta más que augurar, que el trabajo del doctor Landavazo será de consulta obligada, y que este libro permanecerá vigente por un largo periodo en la historiografía mexicana.

**Sergio García Ávila**  
Instituto de Investigaciones Históricas de la  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

